

EL SACERDOTE Y LA PRESENCIA

Queridos Padres, Obispos y Hermanos Sacerdotes:

El 31 de mayo se cumplieron cien años de la canonización de san Juan María Vianney, sacerdote considerado como ejemplo de santidad, proclamado también patrono de los párrocos en 1929 y modelo para el Año Sacerdotal 2009-2010. Creo que muchos de nosotros recordamos la intensidad de ese año de oración por la santificación de los sacerdotes, así como la propuesta de maternidad espiritual para los sacerdotes, y desgraciadamente también los ataques que sufrió la figura del sacerdote a causa de algunos escándalos y el deseo de atacar al propio sacerdocio a través de una extensa y organizada campaña mediática a todos los niveles.

También recordamos, en este mismo año, aquel gesto tan significativo del Papa Benedicto XVI, que en Fátima consagró a todos los sacerdotes al Inmaculado Corazón de María. Don Stefano nos dijo que, en este punto, debíamos concentrarnos cada vez más en vivir bien nuestra consagración, que renovamos a menudo, posiblemente todos los días.

San Juan María Vianney dijo el día de su ordenación sacerdotal, el 13 de agosto de 1815: "¡Oh! ¡Qué gran cosa es el sacerdocio! El sacerdocio solo será bien entendido en el cielo... ¡Si comprendiéramos bien lo que es un sacerdote en la tierra, moriríamos: no de miedo, sino de amor!"

Con el tiempo, parece que se ha abierto paso en la Iglesia una idea bastante funcional del sacerdocio, una idea más bien terrenal,

como si tuviera que preocuparse por satisfacer la sensibilidad religiosa de las personas o las necesidades sociales más que por la santificación del Pueblo de Dios, hasta el punto de que en el mundo la utilidad del sacerdote es algo para resolver los problemas sociales. Y a veces el mismo sacerdote corre el riesgo de sentirse inútil cuando no tiene éxito en la atención pastoral. El sacerdocio, de este modo, corre el riesgo de perder su carácter fundacional, que es "ser engendrado por Cristo sacerdote" y revivir en sí mismo su Sacrificio, es decir, ser quienes hacen presente en el mundo la acción sacerdotal de Cristo, incluso cuando nadie se da cuenta, para generar la Iglesia y alimentar su vida de santidad y misión en el mundo.

Parece que en la Iglesia, no en su doctrina, sino en la percepción de sus miembros, se está perdiendo la unicidad y la necesidad del sacramento del sacerdocio y, en consecuencia, su peculiaridad, es decir, lo que distingue al sacerdote -que ha recibido el sacramento del Orden- del resto de los miembros de la Iglesia. Lo sabemos, no somos sacerdotes porque de niños nos gustaba fingir que decíamos misa, ¿verdad? Hay una profunda dimensión existencial en nuestra vida para el Señor Jesús, en la elección del celibato y en el cumplimiento de nuestras promesas en el momento de la ordenación sacerdotal, promesas que renovamos el Jueves Santo con nuestros obispos (Nuestra Señora a menudo subraya este momento, como para estimularnos a renovar nuestro abandono a Cristo Sacerdote: vale la pena releerlo con calma, de vez en cuando, los mensajes del Jueves Santo).

Durante el reciente Jubileo de los Movimientos y Asociaciones eclesiales, el pasado 6 de junio, el Papa León XIV sintió la necesidad de recordar que *"en la Carta Iuvenescit Ecclesia, que conocéis bien, se dice que la jerarquía eclesiástica y el sacramento del Orden existen para que el 'ofrecimiento objetivo de la gracia' permanezca siempre vivo entre los fieles. se da a través de 'los sacramentos, el anuncio normativo de la Palabra y la pastoral' (n. 14)".*

Preguntémonos una cosa: ¿por qué el Papa sintió la necesidad de recordarlas, llamadas "*Tria Munera Sacerdotalis*"? Dice que la ofrenda de la Gracia se da a través de:

- Los Sacramentos (munus sanctificandi)
- El anuncio normativo de la Palabra (munus docendi)
- Pastoral (munus regendi, o gubernandi)

Si el Papa ha sentido la necesidad de recordar *el Tria Munera* es un signo de que es un punto de crujido, de que se encuentra en una cierta crisis.

La característica que el Señor exalta en el sacramento del Orden es la de la *Tria Munera*, ya compartida en el bautismo. En el bautismo, las dimensiones profética, sacerdotal y real tienen, de hecho, una característica que en el sacerdocio asume un mandato preciso (peculiar) de hacer que estos Munera estén vivos y sean efectivos en los miembros de la Iglesia.

Cuando leemos el Libro de los Mensajes "A los sacerdotes, hijos predilectos de Nuestra Señora", vemos cómo a menudo se recuerdan estos Munera: desde el Corazón Inmaculado se nos revelan los riesgos y las trampas que quieren neutralizarlos y el camino para, en cambio, hacer presente la acción sacerdotal de Cristo a través de nuestro sacerdocio. La crisis de la fe y la crisis del sacerdocio van de la mano, esta es la estrategia del Adversario, pero ella ofrece el refugio de su Corazón Inmaculado para hacer comprender a toda la Iglesia, y hacernos redescubrir, la dignidad del sacerdocio, y así eliminar los peligros que amenazan el camino de salvación de todos.

De aquí se deduce la fuerza y la firmeza del ejemplo del P. Stefano Gobbi sobre la grandeza del sacerdocio (¿recuerdan: "*alter Christus!*"), y sobre la necesidad de intimidad con Él; Es una gracia poder escuchar algunas de sus meditaciones cada año.

Me gustaría ver con vosotros cómo la Virgen nos ayuda a vivir

estos "*tria Munera Sacerdotalis*". Se detiene mucho en el *munus docendi* (Cristo Verdad) y en el *munus sanctificandi* (Cristo Vida), y en consecuencia nos conduce al *munus gubernandi* (Cristo Camino). Por ejemplo, el 8 de septiembre de 1992, en el mensaje llamado "Tu fidelidad sacerdotal": "Así como Yo, desde pequeña, fui fiel a la llamada de Dios, correspondiendo a su designio, que desde toda la eternidad tenía sobre Mí, así vosotros debéis ser fieles a vuestra vocación sacerdotal. Sed pequeños, permaneced fieles. Sed pobres, permaneced fieles. Sed dóciles, permaneced fieles. Es misión de vuestra Madre Celestial la de conducirlos a todos por el camino de vuestra fidelidad sacerdotal.

- Sed fieles al ministerio de la Palabra. *(sobre el munus docendi)*

- Sed fieles al ministerio de la Gracia *(con respecto al munus sanctificandi)*

- Intervenid con valor y celo" *(a propósito del munus regendi, que explicas como aquellas acciones que hacen vivir en la Iglesia la Palabra de Dios y la Doctrina, y la Gracia de los Sacramentos)*

Pero, al mismo tiempo, quisiera ofreceros también algunos breves extractos de las tres audiencias generales de Benedicto XVI, siempre precisas y exhaustivas, celebradas al final del Año sacerdotal.

MUNUS DOCENDI

(Benedicto XVI, Audiencia general del 14 de abril de 2010)

"Hoy, en plena emergencia educativa, el munus docendi de la Iglesia, ejercido concretamente a través del ministerio de cada sacerdote [...] En esta situación se realiza la palabra del Señor, que tuvo compasión de la multitud porque eran como ovejas sin pastor (cf. Mc 6,34). [...] Esta es la función in persona Christi del sacerdote:

hacer presente, en la confusión y en la desorientación de nuestro tiempo, la luz de la Palabra de Dios, la luz que es Cristo mismo en este mundo nuestro.

Para el sacerdote vale lo que Cristo dijo de sí mismo: «Mi doctrina no es mía» (Jn 7, 16); es decir, Cristo no se propone a sí mismo, sino que, como Hijo, es la voz, la Palabra del Padre. También el sacerdote siempre debe hablar y actuar así: «Mi doctrina no es mía, no propago mis ideas o lo que me gusta, sino que soy la boca y el corazón de Cristo, y hago presente esta doctrina única y común, que ha creado a la Iglesia universal y que crea vida eterna». El sacerdote que anuncia la palabra de Cristo, la fe de la Iglesia y no sus propias ideas, debe decir también: yo no vivo de mí y para mí, sino que vivo con Cristo y de Cristo, y por ello lo que Cristo nos ha dicho se convierte en mi palabra aunque no es mía.".

Entendemos el gran honor que se nos da, ser la voz de la Palabra de Dios, la voz de Cristo pero no como simples repetidores, como un radio que repite pero no hace suyo lo que transmite, somos la verdadera voz de Cristo porque Cristo nos posee. Entonces comprendemos también que nuestra dignidad sacerdotal se ve invertida, invertida, cuando no somos voz de la Palabra de Dios sino de otra cosa: si la Palabra de Dios nos hace como emanadores de la santidad de Dios, como una estrella que difunde luz y calor (y recordemos lo que se dice de las estrellas en el Apocalipsis), anunciar otra cosa es como una implosión, como ser lo que para la astronomía es un agujero negro, lo más destructivo que se conoce.

La Virgen denuncia dolorosamente precisamente este problema, de aquellos que han recibido el sacramento del Orden Sacerdotal – tanto sacerdotes como obispos – pero difunden ideas que están fuera de la enseñanza de la Iglesia, y que incluso buscan cambiar su enseñanza. De este modo, indirectamente, nos dices cómo el sacerdote, a imagen de Jesús, debe vivir el munus docendi.

"Revive mi dolor, tú que has encontrado también aquí Sacerdotes que no creen ya. ¡Y continúan sin embargo ejerciendo

su ministerio! Son maestros que enseñan el error, ciegos que conducen a los otros a la ceguera". (1 de octubre de 1977, 136 h)

"La tentativa, seguida por muchos, de enseñar sólo humanamente el Evangelio, de eludir su contenido histórico y sobrenatural, de reducir a interpretaciones naturales lo que en él se contiene de divino y milagroso, ha tenido como consecuencia la pérdida de vigor del mensaje y el debilitar la eficacia de su anuncio. La fuerza de la evangelización está en su fidelidad y en su autenticidad. No es cuestión solamente de adaptar el mensaje de Cristo a las varias culturas, sino de llevar todas las culturas a Cristo; así es como se realiza la misión que se os ha confiado de evangelizar". (14 de noviembre de 1980, 215f-g)

Pensemos aquí en la leyenda negra que criminaliza la obra misionera de la Iglesia, considera el inmenso labor de los jesuitas en América Latina (las reducciones) o de los franciscanos en América del Norte (pensemos en San Junípero Serra) debería ser revalorizada, para limitarnos a aquella parte del mundo donde el Evangelio hizo florecer a esa gente. ¿Y Nuestra Señora en Guadalupe? No les dijo que rezaran como los aztecas, si acaso se presentó como la Madre del verdadero Dios (diciendo así claramente que su antigua religión era falsa) y les hizo experimentar el amor de Jesús y la luz del Evangelio. Ella, Madre de los sacerdotes, nos enseña bien cómo vivir el *munus docendi*. Ella es Madre y genera para la Vida, y nosotros los sacerdotes, para ser Padres en la fe, tenemos el don pero también la tarea de generar en la verdad.

"La responsabilidad de esta grave situación recae especialmente sobre aquellos que se han consagrado a Dios, porque seducidos por el espíritu de la soberbia, persisten en su propio camino, no obstante mis llamamientos maternales y las directrices señaladas por el Magisterio de la Iglesia.

Vosotros, hijos míos predilectos, sed mi medicina contra este mal, predicando siempre y cada vez más la Verdad que Jesús

os ha enseñado, y que el Papa y los Obispos a Él unidos os exponen también hoy con claridad y valentía.

Oponeos a cualquiera que enseñe doctrinas diversas y sobre todo debéis alertar abiertamente a todos los fieles del gravísimo peligro que hoy corren de alejarse de la verdadera fe en Jesús y en su Evangelio.

Vosotros hijos míos predilectos, sed mi medicina para un mal tan grave y extendido, ayudando a mis hijos a seguir el camino por la senda de la pureza y de la santidad.

Volved a enseñar a todos la verdadera moral católica.

Dad la mano a mis pobres hijos pecadores para conducirlos a la observancia de la Ley de Dios". (3 de diciembre de 1986, 340f-g.m)

"Causa de una tan vasta difusión de los errores y de la gran apostasía son los Pastores infieles. Callan cuando deberían hablar con valentía para condenar el error y defender la Verdad. No intervienen cuando deberían desenmascarar a los lobos rapaces, que se han introducido en la grey de Cristo disfrazados con piel de corderos. Son perros mudos que dejan despedazar el rebaño." (8 de septiembre de 1985, 313f)

"Así, en la gran apostasía que se extiende por todas partes, blancos copos de nieve descienden de mi Corazón Inmaculado sobre vosotros, hijos a Mí consagrados, para que podáis llevar a todas partes la luz de la divina Palabra y ser los instrumentos que por doquier hagan refulgir, en su mayor esplendor, toda la verdad contenida en el Evangelio de mi Hijo Jesús." (5 de agosto de 1995, 548g)

"Cada día Jesús viene por medio de vosotros, sus Sacerdotes e hijos de mi maternal predilección. — Jesús viene por medio de vuestra palabra, que repite las palabras de su

Evangelio de salvación en toda lengua y a todos los hombres: 'Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura'". (23 de marzo de 1989, 399e)

"Los ojos elevados a María: así sois iluminados por la luz virginal de mi fe, que os lleva a acoger con humildad la Palabra de Dios, a custodiarla con amor, a vivirla con coherencia, a predicarla con fidelidad.

Os ilumino el camino que debéis recorrer, para permanecer siempre en la verdadera fe y ser vosotros mismos testigos valientes de la fe. [...]

Seáis hoy testigos fuertes de la fe, acogiendo con docilidad lo que el Papa y el Magisterio auténtico de la Iglesia todavía enseñan, predicando todas las verdades de la fe católica, especialmente aquellas que ya no se anuncian".

Por ejemplo, discúlpenme si interrumpo el mensaje, me tomo la libertad de preguntar si en nuestros sermones hablamos alguna vez de las Últimas Cosas (Muerte, Juicio, Infierno, Cielo), o tratamos de transmitir la riqueza del Sexto Mandamiento con todas las implicaciones de hoy en la familia, en las diversas sexualidades inventadas, etc., o de reiterar el Primer Mandamiento "no tendrás otro Dios delante de mí" para aquellos que toman como verdadera referencia no el Evangelio sino una corriente política, o ideológicos... ¿Podemos hablar de ello?

Y por lo tanto, enseñar -en la base de todo- que el verdadero mal del mundo, el origen de todo mal, es el pecado. Nos inclinamos a excusar los pecados de todas las maneras y a presentar la santidad como un ideal (tal vez inalcanzable) pero no como el único camino de vida, pero este es un error que hace que nuestra acción pastoral sea ineficaz. La Iglesia espera, y Nuestra Señora nos lo recuerda, que le demos a Cristo, no simplemente un moralismo hecho de buenos sentimientos.

"Os convertís entonces en luz para muchos hermanos vuestros, que caminan en las más densas tinieblas". (31 de agosto

de 1988, 347 y ss.)

"— Sed fieles al ministerio de la Palabra. Cuántos son hoy los sacerdotes que son víctimas de tantos errores. Estos son enseñados, difundidos, propagados bajo forma de nuevas interpretaciones culturales de la verdad. Y así son acogidos fácilmente y alejan a un gran número de mis hijos de la verdadera fe.

Los vuestros, son los tiempos predichos por la Sagrada Escritura. Surgen hoy muchos falsos maestros que enseñan fábulas y alejan a los fieles de la Verdad del Evangelio.

Vosotros predicad siempre y valerosamente a la letra el Evangelio de mi Hijo Jesús.

Así permanecéis en la verdadera fe y ayudáis al pequeño resto a permanecer firme en la seguridad de la fe, en estos tiempos de universal apostasía." (8 de septiembre de 1992, 476h-k)

Podríamos inspirarnos en este *Munus Docendi* en la frase de Jesús: «Por ellos me consagro, para que también ellos sean consagrados en la verdad» (Jn 17, 19).

MUNUS SANCTIFICANDI

(Benedicto XVI, Audiencia general del 5 de mayo de 2010)

«Santo» es la cualidad específica del ser de Dios, es decir, absoluta verdad, bondad, amor, belleza: luz pura. Santificar a una persona significa, por tanto, ponerla en contacto con Dios, con su ser luz, verdad, amor puro. Es obvio que esta relación transforma a la persona. [...] Ningún hombre por sí mismo, partiendo de sus propias fuerzas, puede poner a otro en contacto con Dios. es Cristo mismo quien nos hace santos, es decir, nos atrae a la esfera de Dios. Pero

como acto de su infinita misericordia llama a algunos a «estar» con él (cf. Mc 3, 14) y a convertirse, mediante el sacramento del Orden, pese a su pobreza humana, en partícipes de su mismo sacerdocio, ministros de esta santificación, dispensadores de sus misterios, «puentes» del encuentro con él, de su mediación entre Dios y los hombres, y entre los hombres y Dios [...] ¿quién salva al mundo y al hombre? La única respuesta que podemos dar es: Jesús de Nazaret, Señor y Cristo, crucificado y resucitado. Y ¿dónde se actualiza el Misterio de la muerte y resurrección de Cristo, que trae la salvación? En la acción de Cristo mediante la Iglesia, en particular en el sacramento de la Eucaristía, que hace presente la ofrenda sacrificial redentora del Hijo de Dios; en el sacramento de la Reconciliación.[...] Esta conciencia debe llevar a ser humildes y generosos en la administración de los Sacramentos, en el respeto de las normas canónicas, pero también en la profunda convicción de que la propia misión es hacer que todos los hombres, unidos a Cristo, puedan ofrecerse como hostia viva y santa, agradable a Dios (cf. Rm 12, 1).

Aquí, Benedicto XVI explica bien que la santificación no es simplemente una "conducta moral irreprochable", sino vivir en Jesús hasta aprender a ofrecerse a sí mismo, ofrecido en Él al Padre.

Escuchemos inmediatamente lo que Nuestra Señora le dijo a Don Stefano, a partir del Jueves Santo de 1986:

"Es un divino misterio de oración. Vuestro sacerdocio se expresa en una perenne obra de mediación entre Dios y los hombres. Y ésta se ejercita con vuestra oración sacerdotal, sobre todo, cuando ofrecéis a Dios el Sacrificio cotidiano de la Santa Misa, que, por medio de vosotros, hace perenne y universal el don pascual de esta Última Cena. Es perfección de oración, es decir, de unión profunda de vida con Dios, el ejercicio del Sacerdocio dando a los fieles los Sacramentos, instituidos por Jesús, para salvación de todos. Sobre todo, es perfección de oración vuestra dócil y diligente disponibilidad a las necesidades de las almas, que os empuja con frecuencia a entrar en el

confesionario, como ministros del Sacramento de la Penitencia, con el que podéis curar las profundas llagas de muchos pecados.

Por medio de vuestro buen ejemplo, retome de nuevo en toda la Iglesia el uso frecuente de la Confesión, poniendo en práctica todo lo que, en este día, mi primer hijo predilecto, el Papa Juan Pablo II, ha pedido en su carta dirigida a todos los Sacerdotes.

Es un divino misterio de sufrimiento.

La institución del Sacerdocio se ordena, sobre todo, a una perenne, aunque incruenta, inmolación de Jesús, que perpetúa la realizada por Él en el Calvario.

De este modo también vosotros sois llamados por Mí a sufrir con Jesús, a inmoláros con Él por la salvación de las almas." (27 de marzo de 1986, 322e-g)

El Munus Sanctificandi no se realiza simplemente ofreciendo los sacramentos a la Iglesia, sino que parte de cuánto nosotros mismos nos dejamos salvar por Cristo y de nuestra experiencia personal del sacerdocio de Cristo, de cuánto revivimos el sacerdocio de Cristo en su ofrenda personal y total.

"Cada día Jesús viene por medio de vosotros, sus Sacerdotes e hijos de mi maternal predilección. [...]

- Jesús viene por medio de vuestra acción Sacerdotal, que se ejercita en llevar a todos a Él, vuestro Redentor y Salvador. "Quien creyere y fuere bautizado será salvo".

- Jesús viene por medio del Sacrificio Eucarístico, que renueva aquél llevado a cabo por Él en el Calvario, para lavar, también 751 hoy, con su Sangre Divina, todo el pecado y el mal del mundo. "Haced esto en memoria Mía".

- Jesús viene por medio del Sacramento de la Reconciliación, que retoma a todos los pecadores a la Casa de su Amor Misericordioso. "A quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados".

- Jesús viene por medio de los Sacramentos, de los cuales vosotros sois los Ministros; y de vuestra persona que debe reflejar la Luz de su perenne presencia. "Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos" (23 de marzo de 1989, 399e.g-j)

Podríamos inspirarnos para este Munus Sanctificandi en la frase de Jesús: Juan 17,2-3: «[Padre] le has dado [al Hijo] autoridad sobre todos los seres humanos, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado», sabiendo que «conocer a Dios» significa «vivir» a Dios en una profunda comunión existencial con Él, «vivir de Él», que es el fruto de la santificación; finalmente, «conocer a Jesucristo» significa vivir su sacerdocio en nosotros, el cual Él comparte con nosotros.

MUNUS REGENDI (o GUBERNANDI)

(Benedicto XVI, Audiencia general del 26 de mayo de 2010)

Las experiencias culturales, políticas e históricas del pasado reciente, sobre todo las dictaduras en Europa del este y del oeste en el siglo XX, han hecho al hombre contemporáneo desconfiado respecto a este concepto. Una desconfianza que, no pocas veces, se manifiesta sosteniendo como necesario el abandono de toda autoridad [...]

El Señor Jesús, Pastor supremo de nuestras almas [...] A través de los pastores de la Iglesia, en efecto, Cristo apacienta su rebaño: es él quien lo guía, lo protege y lo corrige, porque lo ama profundamente. [...] El Señor Jesús, Pastor supremo de nuestras almas, ha querido que el Colegio apostólico, hoy los obispos, en comunión con el Sucesor de Pedro, y los sacerdotes, sus colaboradores más valiosos, participen en esta misión suya de hacerse cargo del pueblo de Dios, de ser educadores en la fe,

orientando, animando y sosteniendo a la comunidad cristiana [...] Todo pastor, por tanto, es el medio a través del cual Cristo mismo ama a los hombres: mediante nuestro ministerio —queridos sacerdotes—, a través de nosotros, el Señor llega a las almas, las instruye, las custodia, las guía.

Aquí: a través de nosotros, es el Señor quien cuida y guía Y aquí vemos cómo el "gobierno" no es mandar sino servir a las almas; entonces pensemos en lo que dijo Jesús: "Vosotros me llamáis Maestro y Señor y decís bien, porque yo soy. Pues si yo, siendo el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros." (Jn 13, 13-14); y luego «estoy entre vosotros como el que sirve» (Lc 22,27).

Por lo tanto, el servicio para cuidar y guiar, es decir, para proteger.

Y ahora, presta atención a este punto:

En las últimas décadas, el adjetivo "pastoral" se ha utilizado a menudo casi en oposición al concepto de "jerárquico", así como, en la misma oposición, también se ha interpretado la idea de "comunidad".

Pero "jerarquía" significa "origen sagrado", es decir, indica de dónde proviene la facultad de gobernar, que luego se estructura de la manera que comúnmente llamamos con esta palabra, "jerarquía"; el significado, por lo tanto, es "origen sagrado del poder", indica una voluntad de Dios. Que entonces, con respecto a la idea de "comunidad", podemos usar la expresión latina de "camino en una dimensión de comunidad" o la expresión griega de "camino sinodal": es lo mismo en dos idiomas diferentes; Pero tenemos que ver qué concepto queremos poner en esta expresión "camino en comunidad" o "camino sinodal", esto es lo que importa... porque está claro que en la "dimensión de la comunidad", o en el "camino sinodal", no se puede prescindir del origen sagrado del mandato que Cristo confió a la Iglesia en el sacramento del Orden Sacerdotal. Repito: este mandato que Cristo confía a algunos a través del sacramento del Orden Sacerdotal no puede ser quitado del camino de la Iglesia.

Siento la necesidad de repetirlo, porque no somos constituidos pastores por una organización religiosa para mantener ciertas tradiciones, sino con un mandato de Cristo de defender a las almas de la obra del maligno, el Adversario. Recuperar esto, debería afectar significativamente nuestra experiencia sacerdotal. Pero, por otro lado, debería ayudar a aquellos fieles laicos o religiosos que creen que pueden decidir sobre cuestiones de fe y doctrina en lugar de los sacerdotes simplemente porque han estado "activos en la Iglesia" durante mucho tiempo: la Iglesia no funciona así, hay que respetar lo que Cristo transmite y entrega en el sacramento del Orden Sacerdotal y lo que no transmite (ni entrega) en los otros sacramentos. Hoy en día hay mucha confusión sobre esto entre los miembros de la Iglesia, a todos los niveles.

Benedicto XVI prosigue: *"El Pastor lo es, por tanto, precisamente guiando y custodiando el rebaño, y a veces impidiendo que se disperse.*

Atención de nuevo, aquí hay un punto de llegada importante:

Aparte de una visión clara y explícitamente sobrenatural, no es comprensible la tarea de gobernar propiamente dicha de los sacerdotes.

Quiero leértelo de nuevo: *Fuera de una visión...*

Ciertamente, cuando la doctrina sacramental entra en crisis en los miembros de la Iglesia, la vida de toda la Iglesia entra en crisis. ¿Bautismo? es relativamente útil, no es obligatorio ser cristiano para salvarse; ¿La Eucaristía? eso también es opcional, y no es estrictamente necesario estar en la Gracia de Dios para recibirlo; el matrimonio? una situación ideal pero no indispensable para que una familia viva en el amor de Dios; ¿órdenes sagradas? no es realmente la presencia de Cristo sino que tiene un carácter funcional, por lo que algunas funciones pueden ser realizadas por cualquier persona de lo contrario "¡es clericalismo!", ... y así *desaparecen los munus sacerdotalis.*

Sin embargo, hay que tener cuidado de hablar de clericalismo sólo cuando se trata de aquellos sacerdotes que quieren permanecer en la doctrina de la Iglesia, porque este clericalismo se ve, por ejemplo, cuando se ama una determinada forma de rezar o de celebrar la Santa Misa o de enseñar los sacramentos, como si hacer vivir a los fieles la plenitud de las enseñanzas de la Iglesia fuera una afirmación inútil (casi una violencia sobre la conciencia) pero... a menudo es clericalismo (disfrazado de Espíritu Santo – sic!) también para imponer decisiones que limitan injustamente la vida religiosa de los creyentes, como cuando en 2020 se impuso mantenerse alejado de la Eucaristía (perdón si siempre hablo de ello, pero esto quedará en la historia, y esperamos haber aprendido la lección) o cuando se insulta a los fieles que prefieren recibir la Comunión en la boca, como sucedió también recientemente en Italia durante un gran pontifical, yendo en contra de las disposiciones de la Iglesia universal para los gustos personales, y se podría seguir... no son cosas triviales, porque cuando se anteponen gustos o ideas personales a la enseñanza de la Iglesia, es un clericalismo realmente dañino, muy malo, y no es el Espíritu Santo, no viene de Dios.

Por lo tanto, este *munus*, un poco mal entendido, es un servicio para que los miembros de la Iglesia que nos han sido confiados no sean extraviados por el maligno, sino que sean guardados en la verdad. Contamos con la gran e insustituible ayuda materna del Inmaculado Corazón, verdadero refugio de todos esos vientos impetuosos que quisieran mover los pilares de la verdad de la Palabra de Dios y del Catecismo, y la estructura misma de la Iglesia.

Podríamos tomar como inspiración para este *Munus Regendi*, la frase de Jesús: " No te pido que los saques del mundo, sino que los defiendas del Maligno. Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Conságralos mediante la verdad: tu palabra es verdad". (Juan 17:15-17a)

¿Cómo nos ayuda Nuestra Señora a vivir este servicio?

Por el modo en que lo he dicho, parecería solo una acción

intelectual y una función humana de gobierno, pero Nuestra Señora, que es Madre, nos lleva directamente a la fuente de la Vida y, por lo tanto, a Jesús, y nos dice el Jueves Santo de 1993: " Amad a Jesús que os ha elegido, llamado y consagrado para perpetuar en el tiempo su Sacrificio, cumplido sobre la Cruz para la salvación del mundo. Jesús pide a sus Sacerdotes, sólo el ser amado. Os lo pide con el ansia de un sediento, que espera gimiendo una gota de agua, con el deseo de un hambriento, que extiende la mano para recibir un trozo de pan; con el ardor de un enamorado que ansia recibir amor de la persona que ama.

Mis hijos predilectos, abrid vuestro corazón sacerdotal al perfecto amor hacia mi hijo Jesús.

Vuestro amor sobre su Corazón, es un bálsamo que endulza la amargura de sentirse tan poco amado, en estos tiempos en que el corazón de los hombres se ha vuelto gélido, frío, cerrado por el egoísmo y por una gran aridez.

Nunca como hoy, el Amor no es amado. Vosotros sus Sacerdotes, amad a Jesús que está rodeado de gran frialdad y de una general indiferencia.

Sea vuestro ministerio sacerdotal, un servicio de amor para Él.

Dejad una caricia sobre su rostro tantas veces desfigurado; vendad su cabeza traspasada por espinas profundas, besad sus labios para sentir la amargura de su cáliz; derramad bálsamo sobre su cuerpo cubierto de sudor y de sangre; reparad con vuestra presencia el repetirse de innumerables abandonos; dadle a Él la vida como amorosa compensación por las traiciones que continúan".

Voy a intervenir un momento: Estas frases, que pueden parecer sentimentales, en realidad quieren enseñarnos a acoger en nosotros los dolores de Jesús que se repiten en nuestro ministerio, las tantas espinas que recibimos de los demás o las que hay en

nosotros mismos, las tantas amarguras, soledades, incomprendiones, ingratitudes; la Virgen quiere sanarnos de nuestra incapacidad de acoger la Cruz y quiere transformarnos en reparadores, adoradores del sufrimiento de Jesús sacerdote, engendrado en ella y vivificado en ella.

Nuestra Señora continúa diciendo:

"Entrad con Jesús en *Getsemaní* y vivid con Él las horas dolorosas de su interior agonía. — Amad a los suyos y vuestros hermanos, con la delicadeza infinita de su amor divino. Aprended de Jesús que es manso y humilde de Corazón. Aprended de Jesús a amar.

Ceñíos también vosotros el delantal para poneros al servicio del prójimo. Sea vuestro ministerio sacerdotal un servicio de amor para todos. Dejad que en vosotros sea Jesús mismo el que ama." (8 de abril de 1993, 490)

A veces es difícil amar sin juzgar, sin enojarse, amar a quienes nos cansan como Jesús nos ama cuando le desagradamos. Pero, así como Jesús nos confirma con ministros de su Iglesia, también espera que vivamos el *munus regendi* como «presencia y acción del amor de Cristo», quien completa su acción en la cruz, confiando su ofrenda al amor infinito del Padre. Estamos en el Jubileo de la Esperanza: como les escribí en la Circular del 1 de enero de 2025, todo sufrimiento y toda acción sacerdotal tienen un valor eterno y construyen el camino hacia el triunfo del Inmaculado Corazón, y al mismo tiempo la vida eterna para nosotros y para todos los miembros de la Iglesia que la acogen, hasta el punto de atraer a ella a quienes aún no la conocen.

A partir de esto también podemos ver cómo Nuestra Señora quiere llevarnos a ser los preparadores del Triunfo del Amor misericordioso de Jesús. Se trata de actuar para defender la fe de los hijos de Dios y traer de vuelta a Él a aquellos que están en peligro de perderse.

"Vosotros predicad siempre y valerosamente a la letra el Evangelio de mi Hijo Jesús. Así permanecéis en la verdadera fe y ayudáis al pequeño resto a permanecer firme en la seguridad de la fe, en estos tiempos de universal apostasía. ". (8 de septiembre de 1992, 476k)

En el sacerdote todo debe hacer presente la acción salvífica y sacerdotal de Cristo, Hijo de Dios Salvador.

CONCLUSIÓN

En los últimos tiempos, parece que enfatizar las características del Sacerdocio, las prerrogativas que el Señor Jesús ha otorgado a este sacramento, sirve para afirmarse, como si se quisieran afirmar los privilegios de una pequeña casta, casi de una nobleza caída que quisiera recuperar lo que le fue robado. Pero no es así: se trata, en realidad, de recuperar lo que ciertos cambios del siglo pasado han oscurecido, en nombre de un cristianismo más puro y libre, de los abusos, del poder sobre otros, etc. Parecen ideas políticas surgidas de las últimas revoluciones sociales. En realidad, la Iglesia explica bien —y Nuestra Señora lo enfatiza— que el Sacerdocio es un don para el servicio del Pueblo de Dios, un don que se otorga al sacramento del Orden, y, por lo tanto, una responsabilidad: repito, es una responsabilidad.

Entre otras cosas, Nuestra Señora en el Movimiento Sacerdotal Mariano suele dirigirse a los sacerdotes, y no lo hace porque no quiera dirigirse a los demás - piensen en todas las miles de veces que se ha aparecido a niños, hombres, mujeres, monjas - pero en este momento histórico ha sentido la necesidad de hacer (como le dijo a Don Stefano el 8 de mayo de 1972) "una obra de amor de mi Corazón por mis amados hijos, mis sacerdotes". Sabemos que en La Salette (1846) ya había intentado reformar la vida de los sacerdotes en vista de estos últimos tiempos, pero su sugerencia no fue aceptada por quienes debían promoverla, y por lo

tanto su intento, digamos, no salió muy bien... y Nuestra Señora quiso repetirlo a través de Don Stefano, así nos lo explicó en algunas de sus meditaciones. Pero no lo hace por una preferencia humana, como persona que tiene simpatías, sino precisamente para ayudarnos a vivir esa elección que el mismo Jesús, su divino hijo, hace de nosotros con el sacramento del Orden Sacerdotal. Señalemos bien una cosa: el Acto de Consagración al Inmaculado Corazón fue dado por usted a Don Stefano alrededor de septiembre de 1973 para los sacerdotes; el otro Acto de Consagración para religiosos y laicos es una adaptación que Don Stefano lo hizo por los que no celebran la Misa... Nótese bien las diferencias entre las dos oraciones: habla precisamente de los dones y deberes que se reciben en el sacerdocio. Por lo tanto, es la misma Virgen la que quiere que nosotros, los sacerdotes, y toda la Iglesia, entendamos quiénes y qué somos, y a través de estos *Tria Munera Sacerdotalis* que forman parte de la enseñanza de la Iglesia podamos volver a reflexionar un poco más, ayudados por Ella.

¡Debe quedar claro que todo esto funciona si vivimos habitualmente en la Gracia de Dios, de lo contrario no puede funcionar, no podemos ser la acción de Cristo Sacerdote si nosotros mismos no pedimos ser perdonados y salvados!

"Mostraos a todos como mis pequeños hijos, como los Apóstoles formados por Mí para la gran misión de la nueva evangelización que os espera.

Así como en el Cenáculo de Jerusalén, Yo abrí la puerta para que los Apóstoles salieran a predicar el Evangelio, iniciando así la primera evangelización, así en este vuestro Cenáculo, Yo os llamo a ser los Apóstoles de la Segunda Evangelización." (27 de marzo de 1992, 468b-c)

El título de esta reflexión es "El Sacerdote y la Presencia", quizás se podría haber pensado que quería referirme a la Presencia Eucarística; de hecho, a través del ejercicio de las tres *Munera Sacerdotalis* he querido subrayar cómo la acción sacerdotal de Cristo

se hace presente en la vida del sacerdote. Por lo tanto, en lugar de hablar del Sacerdocio y de la Presencia de Cristo, como si fueran dos realidades separadas la una de la otra, cercanas pero no intrínsecamente conectadas, se podría decir que el sacerdote es la Presencia de Cristo, porque el Señor Jesús actúa a través del sacramento del Orden Sacerdotal, que tenemos el privilegio infinito de haber recibido y por el que también tenemos la responsabilidad de responder, y dar cuenta. Pero si vivimos nuestra consagración al Corazón Inmaculado, seguramente seremos mantenidos hacia una conformidad, una semejanza y una identificación cada vez mayores con el sacerdocio de Cristo.

"¡Volved, Pastores de la Iglesia, a ser como os quiere mi Hijo Jesús! Volved a ser celosos, ardientes sólo para la salvación de las 224 almas; volved a ser los custodios severos de la Verdad del Evangelio. ¡Volved a seguir a Jesús hasta el Calvario y no os dejéis seducir ni distraer por el mundo, al que a menudo conformáis vuestra vida!

[...] Por eso os invito a comenzar Conmigo este nuevo año con toda confianza y sin miedo alguno. Mi Hijo Jesús estará siempre con vosotros y con El también estará la que es Madre suya y vuestra". (1 de enero de 1977, 116J-l.u)

Don Luca Pescatori

Movimiento Sacerdotal Mariano
Ejercicios Espirituales Internacionales
Collevalenza, 29 de junio – 5 de julio de 2025
(PESC-1 español-2025)